

mala nueva es esta; Tlacotlán alzado, siendo nuestros amigos y en quien confiábamos, presto tendremos las manos en la masa; no haya descuido y estemos con más recato, que estas son vísperas de nuestro bien ó mal." De esta plática resultó doblada pena y tan grande llanto en las mujeres y niños, que era lástima, y el gobernador, no sosegando, mandó poner mucha guarda, y llegó á tanto el temor, que las mujeres, sin ser menester, velaban rezando y suplicando á Dios les sacase del trance en que estaban, que visto era para quebrar el corazón.

### CAPITULO CXVIII.

En que se trata de las nuevas que tuvo el gobernador Cristóbal de Oñate, de que todos los indios conspirados venían sobre la ciudad víspera de San Miguel, y de la batalla y victoria que tuvieron los españoles por los milagros que Nuestro Señor hizo en su favor.

Año de  
1541.

Habiendo puesto el gobernador todas las cosas en orden con grande apercibimiento, hizo alarde de su gente y armas, y allí les hizo una plática á todos para que estuvieran advertidos en lo que convenía hacer en tal ocasión, y mandó que con los indios que iban por leña y yerba, fuese gente de á pie y á caballo haciéndoles escolta, y por caudillo de ellos señaló á Pedro de Plascencia; y víspera del Señor San Miguel, del año de 41, habiendo salido Pedro de Plascencia con la gente á coger leña y yerba para hacer su guarda, se puso en lo alto con los españoles y vieron y divisaron que los valles, montes y campos venían cubiertos de indios enemigos á cogerles la entrada y salida de la ciudad y á meterse y ganarla, porque no tenía más que una entrada, que todo lo demás es peña tajada sobre el Río Grande; y visto por Pedro de Plascencia y su gente, se retiraron afuera llevando á los indios amigos que habían ido

por la leña y yerba. Venían por detrás los enemigos sin hacer ruido por no ser sentidos, y cuando bajó Plascencia por el otro lado hacia la ciudad, vió más multitud de gente y más sin número de la que había visto, que venían de hacia Xuchipila llamándose para meterse en la ciudad, que estaban de ella media legua; y á cuarto de legua Pedro de Plascencia, que llegó con toda la gente á la ciudad, á todo correr á las nueve de la mañana, por decir al gobernador como venían tantos indios sobre la ciudad, que era grima. Cuando Plascencia llegó diciendo: "¡Arma! ¡arma, Sr. Capitán!" halló que toda la gente estaba en misa y entró á caballo á dar la nueva, y como le oyeron apellidar ¡arma! ¡arma! las mujeres y niños comenzaron á llorar y á desmayarse algunas. Mandólas el gobernador callar, y no queriéndolo hacer, se levantó la mujer de Juan Sanchez de Olea, que fué de grande ánimo y esfuerzo, y se llamaba Beatriz Hernández, y dijo al gobernador: "Señor, haga V. S. su oficio de buen capitán; acábase la misa, que yo quiero capitanear á estas señoras mujeres." El gobernador acudió á que acabasen la misa, y luego sacaron el Santísimo Sacramento y le consumió el Br. Bartolomé de Estrada, y sacaron algunas imágenes y dejaron otras en los altares, y luego el gobernador mandó tocar á recoger y se juntó toda la gente, y la Beatriz Hernández sacó á todas las mujeres de la iglesia, que estaban desmayadas, diciendo: "¡Ahora es tiempo de desmayos!" y las llevó á la casa fuerte y las encerró.

Traía esta señora un gurguz ó lanza en la mano y andaba vestida con unas coracinas ayudando á recoger toda la gente, animándoles y diciéndoles que fuesen hombres, que entonces verían quien era cada uno, y luego se encerró con todas las mujeres y las capitaneó, y tomó á su cargo la guarda de la puerta, puestas sus coracinas, con su gurguz y un terciado colgado de la cinta. El gobernador subió en su caballo para recoger toda la gente, que estaba fuera de la casa fuerte, así soldados como indios é indias de servicio, y niños, y los encerró, y él con ellos, con todas sus armas y caballos.

Hecho esto, habiendo quedado todas las más casas de la ciudad

cerradas, el gobernador en dos puertas que había principales en el fuerte, puso en cada una diez hombres de guarda con su capitán y caudillo, y les mandó que so pena de la vida y traidor al rey, no dejasen entrar ni salir á nadie sin su licencia y mandato, y señaló la gente de á pié por las estancias del fuerte para su guarda; así mesmo señaló artillero para el reparo de las troneras y treinta hombres de á caballo, todos á punto y armados, y por capitán de ellos á Juan de Anuncivar. Hízose lista de la gente que había, y halláronse cien españoles de á pié y de á caballo, y algunos tan bisonos y afligidos, que de oír el murmullo de la gente, no sabían qué hacerse por no haberse hallado en otra; y tan apercebidos estuvieron todos, que dentro de una hora se pusieron en orden y á punto de guerra para ofender y defender, esperando el suceso con mucho concierto, y como á las diez ó once del día, se mostraron los enemigos al derredor de la ciudad, muy galanes, con plumería y arcos, macanas, rodela y lanzas arrojadizas, armados de todas armas, y era tanta la multitud de ellos, que media legua al derredor de la ciudad por cada parte, la tenían rodeada y cercada, que no se veían sino indios enemigos, embijados y desnudos, pareciéndose al diablo, de quien traían la guía y forma, tanto que ponían espanto, y llegados, entró un escuadrón de doscientos indios de guerra en la ciudad, todos mancebos, dispuestos á reconocer; que no osaron entrar de golpe, temiendo no les viniese algún daño de las casas. Reconocieron, pues, toda la casería de la ciudad, con tanta brevedad, por ser las casas de cuenta tan pocas, que se volvieron á juntar con la otra gente que estaba al rededor, y habiéndose juntado, comenzó un gran rumor y murmullo andando la palabra de unos en otros, que causaba temor oírlos, y luego por escuadrones entraron bailando y cantando mil canciones al demonio, pidiéndole favor, y hicieron su paseo por la ciudad, y lo primero que hicieron fué entrar en la iglesia y arrancar las imágenes, y sacaron algunas de ellas puestas en la trasera, arrastrándolas y profanándolas, y luego quemaron la iglesia y todas las casas de la ciudad, y ya concluso con todo lo que hallaron, parecióles sería cosa muy fácil

de hacer lo mismo en la casa fuerte, y así arremetieron á ella con tanto ímpetu y tan recio, que se entendió la postrasen á empellones. Recibieron los nuestros muy bien este combate defendiendo cada uno su estancia, saeteras y barbicanas, y los hicieron retirar, y mandó el capitán y gobernador Oñate que no hiciesen mudanza, sino que se estuviesen quedos y los dejasen desflemar en su furia primera, y que hubiese silencio hasta que él otra cosa mandase; y estando en estos combates, en una de las puertas que se guardaban, un indio, que en el cuerpo parecía gigante, arremetió á la puerta valentísimamente y se entró en la casa fuerte poniéndose á fuerzas con todos, y las guardas cerraron las puertas, no le queriendo matar de lástima.

Al ruido que había, salió Beatriz Hernández á ver á su marido, que era capitán de la guardia de la puerta por donde el indio había entrado, y comenzó á refirlos á todos estando el indio allí peleando con ellos, diciendo que la dejasen á ella con el indio. Riéronse de ella, y estando en esto, el indio arremetió á ella y ella á él echando la mano á su terciado, y le dió una cuchillada en la cabeza [que cual á otro Goliat dió con él en el suelo] y poniéndole el pié en el cuello, le dió dos estocadas, con que le mató, y luego dijo á su marido, que con él se había de haber hecho aquello, por haber dado entrada á los enemigos, y que mirase lo que hacía, porque no era tiempo de descuidarse un punto, y así acudía ella á todos los combates, como si fuera varón, y siempre se hallaba al lado del gobernador en cualquier ocasión, porque de verdad fué muy valerosa mujer en todas ocasiones y muy estimada hasta que murió.

Andando, pues, las cosas muy sangrientas en el combate, fueron á disparar una escopeta y no dió fuego la pólvora, que estaba húmeda, y viendo el gobernador que la pólvora no estaba buena, llamó á un Pero Sanchez, herrero, que vino con el capitán Moncivar, gran fanfarrón y que presumía de gran polvorista y artillero, y mandó le refinase aquella pólvora, y luego el Pero Sanchez la comenzó á refinar en un comal al fuego, debajo de una cubierta de paja, y quemó la pólvora la

cubierta que estaba en la casa fuerte, que fué mayor tribulación para los cercados con el fuego y con la priesa que había para apagarle; los enemigos se alentaron más, viéndolos atribulados, y comenzaron con más furia á batir y querer ganar la casa fuerte. Fué un caso temerario en tal tiempo, con que se dobló la pena en todos; pero al fin se remedió y apagó el fuego; y estando en esto, los enemigos acometieron por las espaldas de la casa, y empezaron á descimentar la pared con tantas veras por debajo de las barbacas, que derribaron el un lienzo, sin que se lo pudiese impedir por no jugar la artillería, á causa de estar el artillero ocupado en refinar la pólvora; y entonces el gobernador Oñate, acometiendo á los enemigos y viendo la falta, pareciéndole que otro barril de pólvora que estaba allí al sol estaría mejor, mandó al Pero Sanchez que luego entrase y armase los tiros de la artillería de las troneras y los disparase hacia aquel lienzo que iban ganando, y al cabo de rato, viendo que no acababa de disparar y que ya los enemigos publicaban victoria, fué el gobernador á la tronera y dijo al artillero Pero Sanchez, que cómo no disparaba, el cual respondió: "Señor, heme cortado y no acierto;" entonces arremetió á él y dijo: "Vuestro rajar y cortar nos tiene puestos en este aprieto; mirad que los indios minan la casa y se muestran ya. ¡Acabad, dad fuego!" A qué respondió: "Señor, no acierto;" entonces Oñate arremetió y pegó fuego á la artillería, y del primer tiro no quedó indio en la casa que no lo llevó, hasta que la pelota se embazó en los muertos, con que desampararon los enemigos la calle y quedó la casa libre, sin que osasen llegar más á ella.

Fué la batería tan grande, que causaba temor y espanto, y viendo que los llevaban ganados, todos estaban temblando, hasta que el buen Oñate los desvió con el estrago que hizo con el tiro que disparó, siendo parte su buen ánimo para sacarlos de aquel aprieto; y luego armado con su espada y rodela, acudió á ver los alojamientos y estancias y á las partes do hallaba flaqueza, á proveer de todo, peleando en la defensa, que parecía un león, animando á sus capitanes y soldados para que peleasen

como buenos españoles, pues ya los enemigos se habían apartado de la casa fuerte.

Así que los enemigos se desviaron, se sosegó la batería, y el llanto de mujeres y niños era tan grande, que espantaba, y mandó el capitán y gobernador que callasen, porque era animar más á los enemigos, y que esperasen en Dios y en su Madre bendita que presto se daría fin á aquel negocio, pues era causa suya; y así que cesó el llanto de las mujeres, dieron una tan gran rociada de flechería, que no se podía andar por el patio y plaza, y llegándose algunas mujeres á las ventanas llorando á ver la gente, fué tanta la desvergüenza de los indios ladinos, que decían: "Callad, mujeres, ¿por qué llorais? que siendo mujeres no os hemos de matar, sino solamente acabaremos á esos barbudos de vuestros maridos y nos casaremos con vosotras," y hubo mujer que de solo oír estas palabras se quiso echar por una ventana á pelear con ellos, y lo hiciera si no se lo estorbaban, y visto que no la dejaban, de pura rabia volvió la trasera y alzó las faldas diciendo: "Perros, besad aquí, que no os vereis en ese espejo, sino en éste;" y cuando lo estaba diciendo, le arrojaron una flecha que le clavó las faldas con el tocado en las vigas del techo por estar bajo. Sería casi medio día cuando sucedió esto, y cansados los enemigos de batir la casa, se fueron á la plaza y muchos de ellos se pusieron por las calles á la sombra, y un capitanejo subido en una pared, dijo en lengua mexicana; "Llorad bien, barbudos cristianos, hasta que comamos y descansemos, que luego os sacaremos de allí y nos pagareis los que nos matásteis en la pared," á que no le respondieron cosa los nuestros, sino que estuvieron muy callados. Sacaron mucha comida los indios de las despensas de las casas, que robaron los indios, y traída, dijo el capitanejo que se había subido en la pared: "Comamos y descansemos, pues estos españoles barbudos ya son nuestros. ¿No los veis llorar, que son unos gallinas?" y comenzaron á comer muy sosegados, y en medio de la comida, volvieron á hablar y á echar suertes en las mujeres que á cada cacique habían de haber repartiendo todas las mozas, y dijo un cacique de Xuchipila, llamado D. Juan: "¿pues qué hemos

de hacer de las viejas?" y respondió otro diciendo: "hacerlas que tejan y hilen y nos hagan bragas; y si no quisieren, matarlas y echarlas en esas barrancas para que las coman auras, y matar á los niños para que no nos den guerra como sus padres, y después que estemos hartos de las mozas, las daremos á los mozueros para que se aprovechen de ellas."

Muy de reposo estaban en estas cuentas antes que se acabase la comida y plática, y los nuestros con gran sentimiento de oírlos, y las mujeres, como flacas, lloraban entendiendo se habían de ver en lo que los enemigos decían, según las victorias que habían tenido; pero el gobernador Oñate, viendo el reposo con que los enemigos estaban, llamó á toda la gente de á caballo y les mandó que se armasen, porque era ya tiempo y llegada la hora de Dios para pelear y vencer ó ser vencidos, que de su parte tenían á Dios, pues peleaban por su fé (dícese que tuvo revelación de este hecho, por la victoria que se siguió, donde peleó Santiago, San Miguel y los ángeles, como en el capítulo siguiente se verá).

---

## CAPITULO CXIX.

En que se prosigue la materia del pasado.

---

Año de  
1541.

Habiendo visto la determinación del gobernador, les pareció á algunos de los capitanes y soldados que no convenía se hiciese, porque no sucediese al revés de lo que pensaban. Oyéndolo el dicho gobernador, les dijo que qué cobardía era aquella y que cuando no quisiesen salir, abriría el fuerte para que entrasen los enemigos y los acabasen como á cobardes y traidores á su Dios y rey, y con esta sofrenada, se pusieron todos en arma

para salir á la batalla, y él se armó y subió en su caballo y mandó que se hiciesen tres cuadrillas, y que en cada una fuesen diez soldados llevando por capitán á Juan de Moncivai, que era buen hombre de á caballo y animoso, y que saliesen por una puerta y volbiesen á entrar por otra, y que luego los otros saliesen más adelante ganando tierra y matando cuantos hallasen, y luego mandó que los soldados de á pié guardasen las estancias que tenían y la casa fuerte, y á los de las puertas y sus capitanes guardasen las puertas para que con el tropel de los caballos no entrasen los enemigos, y que no dejasen salir soldado de los de á pié, y mandó al capitán Diego Vásquez guardase las mujeres con diez soldados.

Después de esto, el Br. Bartolomé de Estrada les predicó un sermón y plática en que les trató de la victoria que los ángeles tuvieron en el cielo contra Lucifer, cuyos ministros eran aquellos indios; que se esforzasen porque San Miguel les ayudaría y el Sr. Santiago, patrón de España y de sus españoles, y que de parte de Dios les aseguraba la victoria y sabía habían de vencer, pues estaban confesados y dispuestos, y que hiciesen como caballeros esforzados, y tendrían ante Dios gran premio por pelear en su causa, por haber quemado su iglesia, profanado sus imágenes y haber cometido tantos sacrilegios y muertes de cristianos; que ya era llegada la hora, que estuviesen ciertos de la victoria, porque aquel día era de mercedes por ser día del arcángel San Miguel, que sería con ellos, y tan gran sermón les hizo como él los solía hacer, con que todos derramaron muy copiosas lágrimas; y habiendo acabado, les echó la bendición diciendo: "Dios todopoderoso y los ángeles, sean con todos: ea, caballeros, ánimo," y se entró do las mujeres y niños estaban, y el padre Alonso Martín se puso delante de un Cristo de rodillas, cantando las letanía y psalmos, pidiendo á Nuestro Señor la victoria, haciendo esta plegaria con muchas lágrimas, y luego entraron algunos á despedirse de sus mujeres y hijos, y habiendo salido, subieron en sus caballos, y puestos en orden como estaba mandado, dijo el gobernador: "Ea, señores, ya es tiempo, salgan los diez de á caballo," y se disparó un tiro que llevó